

aunque fuera de algunos elementos, y que se procurara romper las líneas francesas, antes que rendirse a discreción, con el exclusivo y debido objeto de salvar elementos que tanta falta iban a hacer para continuar la defensa nacional.

La falta de aptitud militar del general González Ortega, estribó a mi juicio, ya encerrado en Puebla, en que dejó pasar la oportunidad de operar contra los franceses, cuando aún pudo contar con la colaboración del Cuerpo de Ejército, que erróneamente tenía diseminado el general Comonfort, momento que debieron haber aprovechado los dos para pasar del estado de defensiva pasiva a una ofensiva que se imponía, y no llegar al caso, como hubo de suceder, de que el defensor de Puebla tuviera que rendir la plaza y hacer que la Nación perdiera los mejores elementos que el Gobierno había confiado a su mando para debido empleo.

El error más grande que el Gobierno cometió fué autorizar la dualidad de mando, que ha sido siempre el mejor aliado de los desastres y de los fracasos. Y ese error militar gravísimo no tiene explicación, al permitir que los dos generales formularan un convenio, que señalaba, cuándo uno debería de mandar y cuándo el otro, con lo que se invadió la facultad única y absoluta del Gobierno, del Presidente de la República, Jefe Supremo del Ejército, a quien correspondía por conducto de la Secretaría de Guerra, nombrar al Comandante en Jefe del Ejército.

#### ANTECEDENTES

La retirada de las tropas francesas, después del descalabro del 5 de mayo, se verificó sin que recibieran nuevos ataques, ni una debida persecución, llegando así a la ciudad de Orizaba, donde cometió nuevamente el general de Lorencez otro error gravísimo, al creer que no era necesario que sus tropas enviaran un destacamento, para ocupar el cerro dominante y cercano del Borrego.

Con el mando del Cuerpo de Ejército de Oriente el general Zaragoza había ordenado que se emprendieran obras de fortificación en Acultzingo; pero con motivo del fallecimiento del héroe del 5 de mayo, nombrado el general González Ortega para sustituirlo en el mando, después de haber pasado a México a conferenciar con el Presidente y el Secretario de Guerra, a su regreso dió instrucciones a los generales de las Divisiones para que abandonaran los trabajos de las obras de fortificación que ya estaban adelantados en Acultzingo y de reconcentrarse con orden y sin precipitación a la ciudad de Puebla, que fué declarada desde luego Cuartel General del Cuerpo de Ejército de Oriente.

No es de aprobarse, por supuesto, la determinación para que se hubiera esperado al enemigo cerca de su base de operaciones; pero para buscar, si se quería una cercana función de armas, creo que el general Zaragoza había elegido mejor lugar para librar un primer combate sobre el camino de marcha de los franceses, que la variante escogida por el general González Ortega de defender Puebla, encerrarse en la histórica ciudad y decidirse definitivamente a sucumbir, sacrificando todos los elementos con que se contaba y que eran los de mayor significación en las filas del Ejército Republicano.

En cambio, el general Zaragoza, en su bien meditado plan, señalaba como uno de los puntos de importancia, que tropas a las inmediatas órdenes del general González Ortega, ocuparan el cerro del Borrego, para colaborar importantemente en la bien proyectada marcha sobre Orizaba, que sería atacada por el grueso de la División de Oriente.

El descuido indisculpable del general González Ortega, dió al traste con el plan del general Zaragoza; dió origen a que se concedieran lauros encomiásticamente aumentados a un obscuro capitán francés, a quien se envió para practicar un reconocimiento que se convirtió en ofensivo sin pretenderlo, ya que ignorando el número de fuerzas que ocupaban el Borrego, si se da cuenta del efectivo, seguramente que no lo hubiera verificado en la forma que lo efectuó, pero supo aprovecharse del momento en que las tropas mexicanas combatían entre sí.

El 4º Batallón perdió a su Coronel a los primeros tiros; siendo éste el motivo, según lo que aseguran los informes al respecto, que dió origen a la desmoralización que cundió entre sus soldados, sin duda alguna poco disciplinados. Nada se dice de las medidas que hubieran tomado el segundo Comandante o los Oficiales a quienes por ley competía tomar el mando. Entonces el general González Ortega ordenó al general De la Llave, que se pusiera al frente del 4º Batallón reforzado con dos Compañías del 1º de Zacatecas a las órdenes del General Alatorre.

Al enfrentarse estos elementos con la Compañía francesa, murieron el coronel Dagoberto García y el teniente coronel Fortunato Alcocer, quedando heridos varios oficiales y cortado el general Alatorre. Esta fué una falta militar imperdonable y mayor aún la retirada precipitada que ordenó el general González Ortega, cuando si hubiera tenido calma para hacer que sus soldados se sostuvieran, hubieran sido vencidos los franceses que se habían empeñado en una casual aventura, con un efectivo insignificante.

La ignorancia del capitán Diétrie, respecto al efectivo de los mexicanos, fué la que le hizo cambiar su simple misión de reco-

nocimiento, en misión de destacamento ofensivo, contra su adversario, que jamás pudo suponer, que contara con el efectivo que tenía a sus órdenes el general González Ortega; quien es el responsable y tiene la mayor culpa, por haber olvidado todas las prevenciones que para su seguridad deben tener las tropas que marchan o acantonan cerca del enemigo y máxime la víspera de un combate.

El general González Ortega permaneció en las faldas del Borrego ya sin atacar a los triunfadores de la célebre aventura, esperando auxiliar el movimiento que se emprendiera sobre la Garita; pero cuando se convenció, como debiera de haberlo supuesto, que ya ese ataque no tendría verificativo, fué a situarse a 6 kilómetros de las fortificaciones enemigas, hasta Jesús María, de donde rindió el parte que es bien conocido.

#### COMO PENSABAN NUESTROS GENERALES...

El general González Ortega, en carta de 8 de noviembre de 1862 se expresaba así: "El enemigo bastante astuto, que sabe apreciar debidamente la situación en que se coloca su contrario y que obra cuerda y militarmente, no ha querido ocupar ninguno de los puntos que le he dejado intencionalmente débiles y sólo sostenidos por caballerías (sic) para abandonarlos oportunamente. El general Ortega fundaba sus esperanzas para vencer a su adversario en su actitud correcta y acertadamente militar en las resoluciones estratégicas y en la aplicación debida de la táctica, sino en que según él, el enemigo no conseguiría los medios para transportar cincuenta o sesenta mil proyectiles. Además, aseguraba enfáticamente que Puebla, con los fuertes que ya tenía construídos y con otros tres que acondicionaría el General Colombres, se convertiría en una ciudad invencible. ¡Además según el mismo General, se transformaba aquella Plaza en un centro de operaciones de donde podría desprender 12 v hasta 15,000 hombres para proteger México!! En esa carta sólo hacía notar que le faltaba pólvora...

Los posteriores acontecimientos día a día demostraron esas erróneas apreciaciones del General Ortega, que estaban inspiradas por el Jefe del Estado Mayor seguramente, ya que cuando vemos posteriormente aislado al general Ortega, ofrece la misérrima personalidad de un oficial de lo más mediano.

En cambio el General Berriozábal apreciaba mejor la situación y sus opiniones entrañaban un recto juicio militar. En carta de 24 de diciembre del mismo año de 1862 decía a D. Juan Antonio de la Fuente: "Me entristece ver el desprecio con que nos trata el invasor, pues de otra manera no se fraccionaría tan-

to como hoy lo ha hecho, pues ocupando una línea tan extensa y con tan pocas fuerzas, están expuestos a ser batidos en detall sus destacamentos de Tehuacán, el Palmar, San Andrés, y Perote. Ignoro las razones privadas que haya para que no emprendamos nada sobre el enemigo; pero ya sabe cual es mi opinión sobre el particular y cada día me ratifico en ella..." El General Berriozábal no estuvo conforme con las ideas en general del mando, no estimó acertada la situación de defensa pasiva a que se sujetó a aquel núcleo tan importante del Ejército y jamás aceptó la rendición para final de aquella defensa heroica de la Plaza que supo inmortalizar el General Zaragoza.

Después de estos acontecimientos y la larga situación de espera en que permanecieron los dos adversarios, se determinó al fin por el Gobierno la defensa de la ciudad de Puebla, cambiándose el plan que había propuesto el General Zaragoza. El Ejército francés se dedicó a marchar al interior del País, después de haber hecho una meditada concentración y cuando aumentó a cinco veces el efectivo, con que se aventuró a marchar el derrotado General Lorencez.

El General González Ortega se iba a encerrar en Puebla para sucumbir y para perder los mejores elementos con que contaba el Ejército que se enfrentaría airoso contra los invasores. El General González Ortega no supo verificar combates de combinación con el Ejército auxiliar y éste, en actitud pasiva y torpemente disperso, cubriendo inútilmente una línea extensísima, ofreció siempre al adversario la oportunidad para que se le batiera en detall o para que se le interrumpiera su línea, en cualquiera de los puntos que escogiera el adversario.

Ya era muy conocida entonces en Puebla, mucho antes del año de 1863, la máxima fundamental de que debe atacarse al enemigo cuantas veces se pueda y evitar la guerra defensiva, por que es la más delicada, la más difícil y la más costosa.

Cuando ésta deba hacerse, por mediar circunstancias completamente imposibles de vencerse, se debe procurar la mayor actividad y el Comandante en Jefe debe emplear todos los medios posibles, para convertirla en ofensiva. La menor oportunidad debe aprovecharse para cambiar el género de guerra pasiva. Por el relato de los acontecimientos se concluye que los Generales, comandantes en jefe de ambos Cuerpos de Ejército, no intentaron jamás iniciar una ofensiva, como ya lo aconsejaban los maestros en el arte de la guerra.

Al ocupar Puebla las tropas mexicanas, varios de los principales Jefes opinaron que la plaza estaba muy débil con sólo los fuertes y demás obras secundarias e intermedias que existían. El Comandante de Ingenieros opinó en el sentido de que

las obras de la plaza se cerrarían a su debido tiempo, y como se insistiera en lo contrario, suplicó al General en Jefe que se le relevara del cargo de Comandante de Ingenieros.

A mi juicio se cometió un error grande al no nombrar sustituto y en el orden militar una omisión imperdonable, y el cargo aquel de notoria importancia, se lo abrogó el Jefe del Estado Mayor, disponiendo que los Jefes y Oficiales de Ingenieros, nombrados para los diversos frentes de la Plaza, quedaran a las órdenes directas de los Comandantes de las diferentes líneas.

El entendido, después General Francisco de P. Troncoso, oficial de Ingenieros entonces, ha confesado que en nada se mejoró ese servicio con aquella absurda y anti-militar determinación, pues además, el Jefe de Estado Mayor, no pudo, como era debido, dedicar la atención que reclamaba la función de Comandante de Ingenieros, en una Plaza, que se trataba de convertirla en fuerte y en la que se hallaba concentrado un importante núcleo de tropas, que debería haber contado con todos los servicios.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES

La generalidad de nuestros desastres ante los invasores, se han debido, no sólo a la falta de patriotismo de una gran parte de la masa nacional; a ese lastre nuestro que encerraba un número crecido de individuos que ha ignorado y sigue ignorando, lo que son derechos y hasta donde deben llegar; lo que son obligaciones y como las deben cumplir, y lógicamente ya enrolados en el servicio militar, por leyes o simplemente por procedimientos atentatorios, no ha podido practicar juiciosamente las más elementales virtudes militares.

La escasa minoría de masa consciente, ha sido educada dentro de un patriotismo alocado; generalmente sobre bases falsas, ya que cada Gobierno lo ha cultivado dentro del cartabón de su política personalista y en los casos de historia militar, muchas veces presentado por una grande admiración de partido, para cualidades militares, que han tenido muchos; pero siempre ocultando los yerros y los desaciertos, que abultan para los adversarios injustamente. Para los casos de estudios histórico-militares, debe arrojarse de la crítica a los políticos, ya que deben tratarlos exclusivamente los militares de vocación y no los de oficio.

La crítica severa, imparcial y bien estudiada de nuestros desastres, deberá servir como enseñanza provechosa para los eventos de guerra extranjera: debemos hacer una búsqueda seria de la verdad, presentándola con juicios más sanos y mesurados, que los que se lanzan en sueltos de gacetilla, al tratarse de guerra internacional, ya por los mexicanos que supieron defender la

independencia de la Patria, ya por los que se nos presentan como aliados de los invasores.

Ha dicho algún autor, al comentar la guerra Franco-Alemana, al referirse a los muchos oficiales generales y superiores que han formulado juicio crítico a propósito del desastre de 1870, que la Francia debería después de aquella bochornosa defensa de la unidad nacional, conservar esperanzas, pero no abrigar ilusiones, ya que las ilusiones fueron la cruel enseñanza que les mostró francamente como fué la guerra que recuerdan los franceses, con la más profundísima de las penas.

Si no queremos en el futuro lamentar esos errores, muchos de ellos profundamente anti-patrióticos, habrá que laborar por que el mexicano adquiriera la más profunda de las convicciones, para combatir los eternos distanciamientos, a que nos han llevado nuestros políticos perversos; procurar adquirir experiencia efectiva, sin tontas manifestaciones externas de vana palabrería; saber guardar un respetuoso culto para nuestras glorias nacionales y encontrar la manera práctica para desarrollar las cualidades militares, tan profundamente lastimadas por nuestros ancestros, por el sistema empleado, de que la oficialidad sólo podía subsistir, si el Gobierno era de continuismo, aún en el caso de faltar a alguno de los deberes elementales de disciplina; habiéndose establecido por los Gobiernos de antaño, la amoralidad, de que los ascensos se confiaran, principalmente, a aquellos que sabían sublevarse contra el Gobierno y de más mérito la acción, para ellos, si se pasaban al enemigo con elementos y personal confiados a su honor militar. Así se formaron muchos de los oficiales generales y de los oficiales superiores antes del año de 1847.

#### LO QUE DEBERIA HABERSE HECHO

Al recordar como han hecho su defensa con éxito, los pueblos débiles invadidos y va resuelto el caso de abandonar las cumbres para batir a los franceses, parecería un mejor acierto, haberlos dejado avanzar a fin de que alargaran o perdieran su línea estratégica de comunicaciones, ya convertida en ese caso en línea de retirada; procurar batirlos constantemente sobre esa línea, empleando en constante cambio de maniobras, los núcleos de oriente y centro. Haber aprovechado la oportunidad para batir en detáll: primero a la columna de la izquierda y después a la de la derecha, cuando hicieron la atrevida maniobra de separarse para iniciar el cerco de la plaza; en cada caso con todo el efectivo nuestro —para no exponernos a un fracaso— y acumular tropas para cortar la línea a su base.

No vamos a suponer que hubiéramos tenido éxito y que hu-

bieran derrotado a los franceses; pero ese y no otro hubiera sido el medio de conservar nuestros gruesos, que harto y mayor mal hubieran hecho a sus adversarios, que exponerlos, como se hizo, a que los franceses aprovecharan la ineptitud del mando, para llevar a la práctica fácilmente una de las maniobras favoritas del Maestro en la guerra y batieran, como lo hicieron, primero al núcleo mexicano que desempeñaba el papel de Ejército Auxiliar, y después, ya sin enemigo exterior que los inquietara, esperar a que el acotamiento de encierro, si es que no había decisión para salir, resolviera de la suerte del otro Cuerpo de Ejército.

"No son las masas en reposo las que deciden las batallas, son las masas activas". Jefe de Escuadrón J. Rocquencourt, del Cuerpo Peal de Estado Mayor. 1838.

Muy lejos estuvo la masa defensora de la ciudad de Puebla en haberse convertido en una masa activa. No obstante las continuadas insinuaciones del General Comonfort, la guarnición de la plaza permaneció en absoluta pasividad.

#### NUESTROS CUERPOS DE EJERCITO.

Las mejores Brigadas, con los Generales más aptos a su frente, las mejor organizadas y en las que se había implantado la debida disciplina eran las que iban a formar parte del Cuerpo de Ejército de defensa. De todos esos factores importantísimos, iban a disfrutar los defensores de Puebla, los que en todas las líneas, de defensa ya del exterior, como del interior podían aprovechar, como aprovecharon, para combatir tras de abrigos, principalmente los muros infranqueables de las vetustas iglesias y de las casonas de gruesas paredes de la legendaria Ciudad; en tanto que el Cuerpo de Ejército Auxiliar iba a contar con elementos muy inferiores en todos los órdenes; oficiales con disciplinas de caudillaje y reclutas y soldados voluntariosos en su generalidad; acurrados para la pequeña escaramuza, pero totalmente incapacitados para sostener una batalla campal o de encuentro, donde obligados a combatir sin abrigos, les faltaría esa confianza, que los carapetos saben crear hasta para los soldados bizoños.

El Ejército Auxiliar jamás pudo competir, tener algún equilibrio, con la fuerza física del núcleo que desprendiera el adversario; nunca ocupó una posición ventajosa, no evitó, antes al contrario, fué su característica, diseminarse en larga extensión y se faltó por el mando uno a uno, a todos los consejos de los grandes Generales, se olvidaron los detalles de la historia nuestra, escritos con caracteres de descalabro en la invasión de 1847/48 y para nada se tomó en cuenta la geografía en que iban a operar las tro-

pas, dejando al enemigo, franca, abiertamente la elección del lugar que le conviniera para librar una acción, que acabaría para siempre, con aquel núcleo de tropas inorganizadas e indisciplinadas en su mayor número, que para nada utilizaron los defensores de Puebla, como aquellos tampoco para nada sirvieron a sus auxiliares, ya que jamás emprendieron la más elemental maniobra de conjunto, para pasar de la misérrima actitud de defensa pasiva a que estuvieron sujetos todos aquellos valerosos oficiales y soldados, muy dignos de haber sido mejor mandados, como lo fueron el 5 de Mayo, por el genial triunfador en la misma Puebla.

Al entrar a Puebla las tropas mexicanas, algunos de los principales Jefes opinaron que la Plaza estaba muy débil, con sólo los fuertes y demás obras intermedias y secundarias que existían. El Comandante de Ingenieros informó que la plaza se cerraría a su debido tiempo y como se insistiera por algunos contra la opinión del acreditado técnico, el General Colombres suplicó al General Comandante que se le retirara de la Jefatura de la Comandancia de Ingenieros, cuyo cargo se abrogó erróneamente al Jefe del Estado Mayor, disponiendo que los Jefes y Oficiales de Ingenieros nombrados para los diversos frentes de la Plaza, quedaran a las órdenes de los Comandantes de las líneas.

Ya era bien conocido el principio de que para formarse los Ingenieros militares era necesario que estuvieran sujetos a una asidua aplicación y la serie de muchos años de práctica y de experiencia. Ya no se confiaban esos trabajos especialistas, como allá en la antigüedad a los oficiales más competentes de Infantería y era ya elemental que ese servicio estuviera sujeto a un solo mando, al Comandante de Ingenieros.

El mando mexicano en Puebla, al encerrarse en la Plaza a que necesariamente habría de sucumbir, cometiéndose el error craso de suprimir el Comandante de Ingenieros; debería haberlo substituído, si así convenía, por no alimentar las mismas opiniones del general Colombres, pero además de ser un gran disparate esa supresión, se cometía el enorme error de dispersar la opinión, rompiendo con lo unificado que deben conservarse esos trabajos, dejando que los Comandantes de sectores opinaran y resolvieran asuntos de carácter técnico bien ignorados por ellos.

Lo natural, lo debido, lo legal hubiera sido que el Teniente Coronel más antiguo de la sección de Ingenieros hubiera quedado como Comandante General del Arma, pero ya hemos visto que a iniciativa del Jefe del Estado Mayor, erróneamente aprobada por el Comandante en Jefe, se suprimió contra toda ley militar, un puesto que debe siempre estar cubierto en toda gran unidad. No debe olvidarse esta primera imposición del Jefe del Estado Mayor, hasta sobre una prescripción legal, que debe tomarse en cuenta